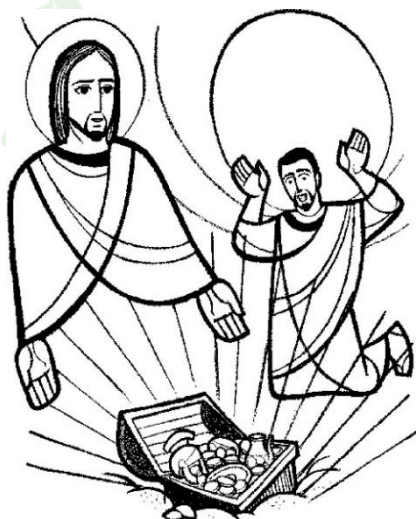




XVII Domingo del Tiempo Ordinario

(ciclo A)

26 de julio de 2026

I. Notas exegéticas

I Re 3, 5. 7-12

Pediste para ti inteligencia

Este pasaje se sitúa en un momento de gran cambio para el pueblo de Israel: el rey David ha muerto y su hijo Salomón asume el trono, justo después de superar tiempos difíciles y peleas por el poder. Aunque esta lectura en particular no menciona el lugar exacto, se sabe que este encuentro ocurre en el monte Gabaón. Allí, Dios se le manifiesta a Salomón en sueños y le hace una propuesta: “Pídeme lo que desees que te dé”. Esta oferta de Dios es, literalmente, un "cheque en blanco" y una prueba de fuego para el corazón de un joven que ahora es rey. Cualquier otro gobernante de la época habría pedido riquezas, ganar guerras o acabar con sus enemigos, sin embargo, Salomón reacciona con una actitud de humildad, reconociendo su propia fragilidad: “Yo soy un muchacho joven y no sé por dónde empezar o terminar”. En el lenguaje de la Biblia, identificarse como un “muchacho joven” no significa necesariamente ser un niño. Es una forma de reconocer con total sinceridad que le falta experiencia, en situaciones de la vida, que no tiene astucia política o militar, y que depende por completo de Dios en quien cree y espera, para poder guiar a su pueblo a él encomendado.



Plan de Predicación

Cuando Dios le ofrece a Salomón lo que quiera, el joven rey le pide "un corazón atento para juzgar a su pueblo". En la Biblia, el corazón no es solo el lugar de los sentimientos, sino el centro de la inteligencia y de las decisiones; por eso, pedir un corazón atento significa pedir un corazón que sepa escuchar. Salomón no busca una sabiduría intelectual para presumir, sino la capacidad práctica de oír a Dios, respetar sus mandamientos y sentir el dolor de la gente para gobernar con justicia, algo que demostrará enseguida en el famoso juicio de las dos madres, contenido en este mismo capítulo.

A Dios le agrada que Salomón no pidiera riquezas, una vida larga o el fin de sus enemigos, por lo que le concede un corazón extraordinariamente sabio e inteligente. Al meditar este pasaje, el relato enseña que la verdadera autoridad nace del servicio y de la escucha atenta, pues quien no aprende a escuchar a Dios y a su pueblo no puede guiar con justicia a los demás. Al final, el texto recuerda que el verdadero sabio no busca el poder por el poder, sino el bien común, y que cuando surge el esfuerzo por hacer lo correcto, todo lo demás llega por añadidura.

Sal 118, 57 y 72. 76-77. 127-128. 129-130

¡Cuánto amo tu ley, Señor!

Este texto, aunque es un salmo, puede ser leído en clave de un canto de amor y fidelidad absoluta a la Palabra, donde el Señor es la única herencia y sus mandamientos un tesoro infinitamente superior a cualquier riqueza material, más que el oro y la plata. Centra su mirada en describir cómo la voluntad de Dios no es una imposición fría, sino una delicia viva que consuela, da vida y aleja al ser humano del camino del engaño y la mentira. Destaca el carácter pedagógico y transformador de la Palabra y la revelación de Dios al ser acogidas, puesto que la Palabra tiene el poder de iluminar el entendimiento y otorgar verdadera inteligencia a aquellos que, con sencillez y humildad, se reconocen necesitados de guía.

La experiencia del salmo se conecta de manera perfecta con la humilde petición del joven Salomón en el Libro de los Reyes. Así como el salmista desprecia el oro más puro para abrazar la ley divina, Salomón rechaza pedir riquezas, conquistas o



poder personal, descubriendo que el verdadero tesoro de un líder está en la justicia y en un “corazón que escucha”. La afirmación del salmo de que la Palabra “da inteligencia a los ignorantes” se refleja bellamente en la actitud de Salomón, quien al reconocerse con total sinceridad como un “muchacho joven” e inexperto, es iluminado por la gracia de Dios para discernir entre el bien y el mal.

Rom 8, 28-30

Nos predestinó a reproducir la imagen de su Hijo

San Pablo escribe esta carta a los cristianos de Roma en un momento de gran incertidumbre y sufrimiento, con el claro objetivo de recordarles que el dolor no tiene la última palabra en sus vidas. Para infundirles aliento, el apóstol introduce una verdad profundamente reconfortante: para quienes aman a Dios y responden a su llamado, absolutamente todo lo que sucede, incluyendo las dificultades, las pruebas y las contradicciones de la existencia, coopera para un bien mayor. Este “bien” no es una comodidad pasajera, sino la certeza de que Dios utiliza cada circunstancia de nuestra historia para guiarnos hacia su plan de amor.

El elemento central de este gran proyecto divino es la transformación del creyente para llegar a ser como Jesús. Al usar la palabra “predestinar”, Pablo no se refiere a un destino fatalista o a una historia rígida de la que no podemos escapar; en el lenguaje bíblico, significa que Dios, desde siempre, tiene un hermoso sueño y un propósito claro para nosotros: que reproduzcamos la imagen de su Hijo a través del amor, la entrega y la obediencia. De este modo, Jesús deja de ser un hijo único y se convierte en el “primogénito”, es decir, el hermano mayor de una inmensa familia que refleja su bondad en el mundo, conectando así con la verdadera sabiduría de vivir alineados a la voluntad del Padre.

Finalmente, Pablo describe este camino como una ruta inquebrantable diseñada por Dios, quien nos conoce desde antes, nos elige con un propósito, nos llama a la fe, nos justifica, es decir, nos perdona y nos regala su amistad y, por último, nos glorifica. Llama la atención que el apóstol hable de la glorificación en tiempo pasado: “glorificó”, como si ya hubiera sucedido; con esto quiere convencer de que





la obra de Dios es tan segura y su amor tan firme que, para Él, la salvación y la plenitud ya son una realidad garantizada que nada ni nadie en este mundo podrá destruir.

Mt 13, 44-52

El Reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo

Este relato del Evangelio de san Mateo se sitúa en el centro del llamado Discurso de las Parábolas, en el capítulo trece. Aquí Jesús no define qué es el reino, sino que se encamina a enseñar en torno al cómo descubrirlo. Tras haber hablado a la multitud en la orilla del lago, ahora el escenario es la intimidad de la casa, allí, Jesús se reúne a solas con sus discípulos para explicarles el significado profundo de su mensaje. La experiencia de la intimidad es fundamental, pues las parábolas del tesoro, la perla, la red y el dueño de casa no son solo figuras, sino un llamado urgente al discernimiento y a la toma de decisiones para aquellos que han decidido comprometerse con su camino.

En la antigüedad, no existían los bancos ni los sistemas de seguridad modernos. Cuando una región sufría invasiones militares, revueltas políticas, la gente enterraba sus riquezas en el suelo de sus campos para protegerlas. Si el dueño moría en la batalla o en el exilio, el secreto del tesoro se perdía con él, quedando enterrado durante generaciones. La parábola del tesoro muestra a un hombre que no estaba buscando un tesoro; probablemente era un jornalero que trabajaba un campo ajeno, pero encuentra el tesoro como una sorpresa inesperada en medio del trabajo diario, de la rutina y de la sencillez de la vida. A través de esta parábola, Jesús señala la gratuidad y la sorpresa, como también la alegría por lo que se ha encontrado, Jesús destaca que el hombre, quien, procediendo con sabiduría, “lleno de alegría va a vender todo lo que tiene”. No vende sus cosas por obligación, con cara de tristeza o por cumplir una ley estricta. Las vende con felicidad porque sabe que lo que va a adquirir es infinitamente superior. El Reino no es una carga moral, es un hallazgo gozoso.





Plan de Predicación

La perla era considerada en el Imperio Romano como la joya perfecta por excelencia, pues su belleza y brillo nacían ya listos y puros de la naturaleza. Conseguir perlas finas requería de buceadores expertos que arriesgaban sus vidas en el mar. A través de esta parábola, quiere mostrar la búsqueda constante, pues así se debe procurar hallar el Reino con verdad, indagando, y con una actitud espiritual constante. Compara el Reino con la hermosura de la perla, es perfecto. Cuando alguien encuentra la verdad del Evangelio descubre que todas las demás “perlas”, filosofías, placeres, seguridades, pierden su brillo en comparación con la belleza de Cristo. No se puede tener el Reino a medias; para poseerlo hay que estar dispuestos a venderlo todo por una hermosura mejor.

La figura de la red, para los discípulos de Jesús, muchos de los cuales eran pescadores en el Lago de Galilea, esta imagen era su pan de cada día. Aquí no se trata de una red, se trata de una red grande, la cual barría el fondo del lago, atrapando de manera inevitable todo lo que encontraba a su paso: peces buenos, peces malos, es decir, sin escamas ni aletas, considerados impuros por la Ley de Moisés, algas, lodo y piedras. Jesús utiliza la red para explicar que, en el tiempo presente, el Reino de Dios en la tierra, la comunidad de creyentes es un espacio de misericordia abierta para todos. Los pescadores no separan los peces dentro del agua; esperan a llegar a la orilla. Con esto, Jesús pide paciencia. El juicio y la separación final corresponden únicamente a Dios y a sus ángeles al final de los tiempos. La tarea actual no es juzgar o excluir, sino pescar; es decir, acoger a todos con misericordia, sabiendo que el discernimiento final está en manos de Dios.

El pasaje cierra con la imagen del padre de familia, que define al discípulo ideal como alguien capaz de valorar e integrar tanto las enseñanzas del pasado como la novedad del Evangelio. Al igual que la sabiduría de Salomón, que no destruyó la ley ni las tradiciones de Israel, sino que las llenó de una nueva luz y aplicación práctica, el creyente de hoy está llamado a no desechar su historia. La sabiduría cristiana consiste en saber conservar las raíces de nuestra fe: lo antiguo, y dejarnos sorprender por la frescura y la novedad del amor de Dios en el presente: lo nuevo, convirtiendo nuestra vida en un testimonio constante de justicia, alegría y servicio.





Plan de Predicación

La explicación que imparte Jesús sobre la búsqueda del Reino se conecta de manera perfecta con la sabiduría que Salomón pidió en Gabaón. Al igual que el joven rey, quien prefirió recibir un “corazón que escucha” en lugar de riquezas, poder o la derrota de sus enemigos, un discípulo debe tener esa misma sabiduría al desprenderse con alegría de todos sus bienes para adquirir lo único verdaderamente valioso. La acción de los pescadores que se sientan en la orilla a separar los peces buenos de los malos evoca directamente el don del discernimiento que Salomón imploró para guiar a su pueblo. En ambos casos, la verdadera sabiduría no es una teoría abstracta, sino la capacidad práctica de reconocer dónde está el verdadero tesoro y actuar con justicia





II. Pistas homiléticas

- La verdadera sabiduría no consiste en saberlo todo, sino en tener la humildad de pedir un corazón que sepa escuchar.
- El Reino de Dios no es una pesada carga moral que se debe soportar, sino un hallazgo gozoso que transforma las prioridades. Explicar que el desprendimiento cristiano no nace de la obligación ni de la tristeza, sino de la inmensa alegría de haber encontrado algo infinitamente superior.
- San Pablo nos recuerda que Dios no es un destino ciego y fatal, sino un Padre con un plan de amor diseñado para que reflejemos la imagen de su Hijo Jesús, utilizando cada circunstancia de nuestra historia para nuestro crecimiento espiritual.
- Nuestra tarea hoy no es juzgar ni excluir con violencia, sino lanzar la red de la misericordia y acoger a todos con paciencia. Conectar la parábola de la red con el discernimiento de Salomón.
- El discípulo sabio es el que no desprecia sus raíces del pasado, sino que se deja sorprender por la frescura del Evangelio en el presente. Centrada en la imagen del padre de familia que saca de su tesoro lo nuevo y lo antiguo. Invitar a los fieles a vivir una fe equilibrada: agradecidos por la tradición y la historia recibida, pero con el corazón abierto a la novedad del Espíritu Santo que actúa hoy, traduciendo la fe en gestos concretos de justicia y servicio.





III.

Subsidio litúrgico

Monición de entrada

Buenos días (*tardes, noches*). Dios, que nos ha elegido para hacernos partícipes de su vida divina, nos ha consagrado en el bautismo y hoy nos reúne de nuevo para celebrar la Pascua de Jesucristo escuchando su palabra y comiendo y bebiendo su Eucaristía. Acojamos su gracia participando consciente y activamente es esta celebración.

Monición a las lecturas

La conformación del discípulo conlleva un doble movimiento de recibir y entregar: recibir de las experiencias de los testigos de la fe que nos han precedido y apersonarnos de aquello recibido, así se va conformando la 'memoria común' de la Iglesia, constituida por las experiencias de las generaciones precedentes y enriquecida con la vivencia de la presente generación. Escuchemos con atención los textos de la Sagrada Escritura.



Oración de fieles

Presidente

Dios nos ama y sabe lo que nos hace falta; invoquémoslo con la seguridad de ser escuchados.

R./: Escucha, Señor, nuestra oración.

1. Por todos los llamados a la fe en Cristo y consagrados en el bautismo, para que el Señor nos conceda acoger el don de la fe y acrecentarlo mediante el ejercicio de las virtudes cristianas y los sacramentos.
2. Por el papa León XIV, nuestro obispo Luis José y los presbíteros y diáconos que el Señor ha elegido y puesto al frente de su pueblo, para que nunca les falte la asistencia del Espíritu para guiar al rebaño que les ha sido confiado.
3. Por los gobernantes de nuestra nación y los administradores de los recursos públicos, para que en su gestión de gobierno actúen con justicia y de esta manera nos acerquemos a tener una sociedad más equitativa y en paz auténtica.
4. Por quienes asistimos a esta celebración, para que la palabra sembrada en nuestro corazón nos permita reconocer en la cotidianidad la novedad que representa el Evangelio.

Presidente

Padre santo, que en Cristo nos has hecho descubrir el tesoro escondido y la perla de gran valor, concédenos la luz de tu Espíritu para que viviendo en medio del mundo sepamos valorar las riquezas inestimables de tu Reino y tengamos la valentía de renunciar a todo por él. Por Jesucristo, nuestro Señor.





XVII Domingo del Tiempo Ordinario

Ciclo A

26 de julio

1. Claves de reflexión

1. Acompañar

Jesús nos narra dos historias corticas en el Evangelio de hoy: la del hombre que encuentra el tesoro en el campo y la del comerciante que busca perlas finas.

¿Qué atesoramos? ¿A qué le atribuimos gran valor, bien sea porque cuesta mucho dinero o porque le tenemos gran estima? ¿Qué es lo máspreciado para nosotros?

A veces atesoramos cosas que se compran en las tiendas: la consola de videojuegos más nueva, el teléfono de moda o muchos juguetes. Pero los juguetes se rompen, las consolas nos aburren y la ropa se va quedando pequeña. Esos son tesoros que se gastan.

En cambio, el “tesoro” del que nos habla Jesús es un tesoro maravilloso y único, que no se compra con dinero, no se gasta nunca y, mientras más lo regalas y lo compartes más grande se hace. ¿Saben cómo se llama ese tesoro? (Espera a que respondan). ¡Exacto! Se llama el Reino de Dios, que es el Amor de Jesús en nuestras vidas.

2. Motivar

El tesoro de Dios tiene dos partes:

La primera es Jesús: saber que Él camina con nosotros, que nos cuida por las noches, que perdona nuestras travesuras y que nunca, nunca nos deja solos. ¡Eso vale más que todo el oro del mundo!

La segunda parte eres tú: para Dios, cada uno de ustedes es esa perla preciosa de la que habla el Evangelio. Jesús dejó el cielo y vino a la tierra porque pensó: "Ese niño y esa niña valen tanto para mí, que voy a dar mi vida por ellos". ¡Tú eres el tesoro de Dios!

¿Jesús es tu “TESORO”?





3. Retar

Para llevarnos este tesoro a casa tenemos que hacer como el rey Salomón en la primera lectura: pedirle a Dios un corazón sabio para saber elegir bien. Hagámoslo durante la semana.

Cada vez que haces una acción buena estás regalándole un pedacito de la alegría de Dios a los demás. ¡Que no se nos olvide nunca el gran tesoro que llevamos dentro!

Preguntémonos en el fondo de nuestro corazón: ¿Cómo demostramos que tenemos el tesoro de Jesús en el corazón?, ¿cómo sentimos cada día que Jesús es nuestro tesoro?, ¿qué acciones buenas dicen que soy “sabio”?

Recuerda:

El amor de Jesús se hace más grande cuando se comparte.
Esta semana voy a prestar de buena gana mi juguete favorito o mis colores a mis hermanos o amigos, sin enojarme y sin pelear
y, para mantener mi corazón cerca del tesoro de Jesús.

Voy a rezar tres minutos todas las noches antes de dormir:
le daré las gracias por el día y le pediré sabiduría para tomar buenas decisiones,
igual que el rey Salomón.





II. Subsidio litúrgico

Monición de entrada

¡Buenos días, niños! Hoy celebramos el XVII Domingo del Tiempo Ordinario. Jesús nos trae un secreto maravilloso: *el Reino de Dios es como un tesoro escondido, una perla preciosa y una red*. Debemos ocuparnos en crecer en las actitudes de la pobreza y la humildad, para vivir el Reino como Jesús nos pide: «*No acumulen tesoros en la tierra sino en el cielo*». Vamos a participar con mucha alegría y atención en nuestra celebración.

Monición a las lecturas

¡Atentos, niños! Dios hoy nos va a hablar a través de su Palabra. Primero escucharemos cómo el rey Salomón le pide a Dios un corazón sabio para hacer el bien. Después, en el Evangelio, Jesús nos contará que conocerlo a Él y su amor es como encontrar el tesoro más valioso del mundo. Abramos nuestros oídos y el corazón para escuchar este gran mensaje.





Oración de fieles

Presidente

Queridos niños, Jesús nos ha enseñado hoy que su amor es el tesoro más grande. Con mucha confianza, presentemos nuestras oraciones a Dios nuestro Padre. A cada petición vamos a responder diciendo con entusiasmo:

R./ Padre bueno, que Jesús sea nuestro tesoro.

1. Por la Iglesia y el papa León, para que ayuden a todas las personas del mundo a descubrir el gran amor de Dios y a cuidar el tesoro de la fe.
2. Por los gobernantes del mundo, para que, igual que el rey Salomón, le pidan a Dios un corazón sabio y bueno, capaz de ayudar a los más necesitados y construir la paz.
3. Por todos los niños del mundo, para que comprendamos que los juguetes y las cosas materiales se acaban, pero la amistad con Jesús dura para siempre.
4. Por nuestras familias y maestros, para que nos enseñen con su ejemplo a buscar siempre las cosas buenas, a compartir y a ser generosos con los demás.
5. Por nuestra comunidad parroquial, para que como el hombre de la parábola compartamos alegremente la buena noticia del Reino de Dios con nuestros vecinos y amigos.

Presidente

Escucha, Padre bueno, las oraciones de tus niños. Ayúdanos a cuidar siempre el tesoro de tu amor en nuestros corazones. Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor.

